



“Hacia una historia incluyente de la conquista del Nayar. Reflexiones finales”

p. 465-478

*Caciques, intérpretes y soldados fronterizos
Actores indígenas en la conquista del Nayar, siglo XVIII*

Raquel E. Güereca Durán

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2022

568 p.

Cuadros, mapas, ilustraciones

(Serie Historia Novohispana 112)

ISBN 978-607-30-6311-1

Formato: PDF

Publicado en línea: 18 de noviembre de 2022

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/785/caciques_nayar.html

D. R. © 2022, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



HACIA UNA HISTORIA INCLUYENTE DE LA CONQUISTA DEL NAYAR

REFLEXIONES FINALES

La intención de este trabajo ha sido contribuir a la creación de una nueva historia de la conquista de la Sierra del Nayar que ponga énfasis no sólo en los actores hispanos del proceso, sino de manera particular, en los actores indígenas. Ello porque la historia de la conquista del Nayar ha sido contada teniendo como fuente principal —y en ocasiones, única— la obra del jesuita José Ortega, sin tomar en cuenta la intencionalidad específica del texto y su horizonte de enunciación. Por tanto, en este trabajo he tomado como punto de partida dicho material, analizando la manera en que construyó su relato sobre la conquista de la sierra, sus fuentes y sus intenciones, con el objeto de establecer la información que nos pueda brindar, así como las limitaciones inherentes a un texto elaborado con el fin de loar la labor jesuita en territorio novohispano. A partir de cuestionar este antecedente, me he propuesto volver a contar la historia de la conquista de la sierra, incorporando nuevas fuentes hasta ahora inexploradas, y plantear preguntas distintas a las ya conocidas.

Estamos aquí frente a una conquista que se desarrolló de forma peculiar, pues no culminó sino luego de casi dos siglos de contacto hispano-indígena en un territorio que se convirtió desde el siglo XVI en una frontera de la monarquía hispana. Los motivos detrás de la creación de ésta, como mostré en el capítulo primero, fueron varios: las características geográficas por supuesto, que dificultaban el acceso y las comunicaciones, pero también y quizá más importantes, la carencia de recursos de interés para los colonizadores: minerales, tierras aptas para el cultivo o un gran número de tributarios. Todo ello llevaría a que, desde las primeras incursiones españolas en las cercanías de la Sierra del Nayar se generaran descripciones que calificaban la tierra como pobre, estéril y, tras la Guerra del Mixtón,

habitada por enemigos, “gente de guerra” que carecía de policía. Este imaginario geográfico convirtió a la Sierra del Nayar en una frontera más allá de la cual sólo habitaban los gentiles. Ello, no obstante, no significó que los españoles renunciaran a la ocupación del territorio, aunque sí vemos un menor interés por asentarse en la región, lo que se refleja fuertemente en el lento, casi imperceptible crecimiento de la población hispana en sus cercanías: particularmente, hacia los valles y la costa del actual Nayarit, los habitantes españoles fueron pocos y pobres, situación que se mantuvo hasta el siglo XVIII.

Correspondió al aparato estatal intentar ocupar y avanzar sobre este territorio de frontera. Desde mediados del siglo XVI, las misiones evangelizadoras y la creación del Gobierno de las fronteras de Colotlán con su protector de indios trabajaron en la incorporación de los naturales al orbe cristiano. Estas instituciones, debido a las características de la región, debieron adaptarse y, en ocasiones, replantear sus objetivos o rebajar sus expectativas. Fue el caso de los misioneros franciscanos, que debieron abandonar su pretensión de reducir a los indios a un modelo de poblamiento urbano, a la evangelización sistemática y constante, a formar “fieles vasallos y tributarios” para contentarse con habitar en misiones pobres habitadas por unas cuantas familias, muchas de ellas en las inmediaciones de la sierra, otras entre montes y barrancas. Misiones cuya suerte era variable: algunas de ellas persistieron desde fines del siglo XVI, mientras que otras fueron abandonadas, mudadas de sitio o refundadas en diversas ocasiones.

El Gobierno de las fronteras de Colotlán y la protectoría de indios establecida al oriente de la Sierra del Nayar tuvo más éxito para incorporar a los indígenas al orbe indiano. El ofrecimiento de condiciones privilegiadas como la exención del pago de tributo y servicios personales, el quedar fuera de la jurisdicción de la Nueva Galicia, tener un protector de indios como único facultado para impartir justicia, la obtención de ayuda material —cuya entrega se prolongó en algunos casos por más de un siglo— y la posibilidad de conservar sus armas y convertirse en soldados fronterizos, nos hace pensar que el Gobierno de las fronteras de Colotlán funcionó en la práctica como una institución que incorporó a los indígenas de forma “suave”

a la administración virreinal, sin el estruendo de la guerra y mediante la negociación. El ofrecimiento de estas condiciones de privilegio facilitó y favoreció la creación de numerosos pueblos de indios “cristianos y leales vasallos”, al ofrecerles una manera menos radical y menos violenta de incorporarse a la policía cristiana. De esta forma, el Gobierno de las fronteras se encargó de generar condiciones que resultaran atractivas para los indios. Lo anterior en un espacio donde la cercanía de la frontera del Nayar volvía el dominio de la corona hispana endeble, pero que interesaba mantener en paz debido a su relativa cercanía con los minerales zacatecanos y el enclave productivo de Jerez.

El trabajo conjunto de misioneros, capitanes protectores y los incipientes pobladores hispanos lograron que, para principios del siglo XVIII, un cinturón de poblados y estancias delimitara el territorio —habitado por los nayaritas— no incorporado a la monarquía hispana. Las alcaldías mayores de Acaponeta, Sentispac, Tepic, Hostotipaquillo y Tequila, en la jurisdicción de la Nueva Galicia; Huazamota en la Nueva Vizcaya; así como el Gobierno de las fronteras de Colotlán —sujeto a la Nueva España— rodeaban el espacio habitado por los gentiles y sus vecinos españoles, mulatos, indígenas con quienes tenían distinto grado de interacción.

Y es que, tras examinar los diversos testimonios relativos a la dinámica en la Sierra del Nayar y regiones vecinas, la impresión que nos deja es que, ya para fines del siglo XVII, ese “manchón de gentilidad” se hallaba muy bien integrado en la dinámica social, política y económica del occidente novohispano. Este espacio, fuera del control estatal, en los discursos era caracterizado como un problema para la monarquía en tanto en él habitaban indios idólatras reacios a convertirse a la verdadera religión. Al mismo tiempo, las fuentes elaboradas por las autoridades civiles y eclesiásticas presentaban a la sierra como un refugio para delincuentes, apóstatas, forajidos, esclavos huidos. Un territorio que no había sido alcanzado por el brazo amparador y ordenador del monarca católico. Un espacio fuera de la ley y el orden.

Pero para los españoles asentados en las inmediaciones de la sierra; para los indígenas milicianos, soldados y fronterizos; para los indios gentiles; para los mestizos, mulatos y castas; así como

para los mismos frailes, la Sierra del Nayar era, ante todo, una zona de oportunidad. Todo parece indicar que los colonos españoles no vivían la sierra como un espacio conflictivo; por el contrario, su proximidad les permitía establecer vínculos comerciales y laborales con los gentiles en una región siempre carente de mano de obra y recursos. Buscar renombre o ascenso social mediante la obtención de cargos, dar lustre a su apellido tratando de convertirse en el conquistador o pacificador de los nayaritas y, en última instancia, retirarse a sus montes y barrancas —cuando buscaban huir de la justicia o del control del mundo hispano, tal como hicieron los diversos españoles devenidos en apóstatas— eran oportunidades que brindaba la sierra. Para los indígenas de las fronteras de Colotlán, la cercanía de los coras gentiles les daba la posibilidad de obtener una serie de privilegios y exenciones que no gozaban otros indios novohispanos. La permanencia de la sierra como territorio dominado por los gentiles les garantizaba también la perpetuación de tal condición de privilegio. Para todos aquellos indios asentados en misiones en las cercanías de la sierra, este espacio les brindaba la oportunidad de escapar del ámbito cristiano cuando las exigencias arreciaban, buscar establecer o mantener lazos con los indios no sometidos, participar tanto de la ritualidad cristiana como del culto religioso en la Mesa del Nayar, en un constante ir y venir entre el mundo colonial y el de los indios no sometidos. Incluso, para los franciscanos, la existencia de “gran copia” de gentiles operaba como el elemento que legitimaba y daba sentido a su labor misional, justificaba su permanencia en esta tierra plena de “nuevos cristianos” necesitados de auxilio y cuidado espiritual, pero sobre todo, de gentiles sin cuya conversión la misión evangelizadora del Nuevo Mundo no podía darse por concluida. Al tratarse de una tierra de “conversiones vivas”, donde la necesidad de la labor misional estaba más que probada, estos frailes no debieron enfrentarse a los aires secularizadores que sí afectaron a otras provincias novohispanas en las que la labor franciscana —y de las órdenes religiosas en general— había dejado de considerarse necesaria.

Y en el centro de toda esta dinámica encontramos a los nayaritas gentiles que, con su negativa a reducirse a la policía cristiana, perpetuaban la existencia de esta frontera. Organizados en rancherías

encabezadas cada una por jefes o capitanes, y unificados sólo en términos religiosos en torno al culto solar de la Mesa del Nayar, defendieron sus creencias religiosas sin que ello les impidiera bautizarse, contraer matrimonio, participar temporalmente de la vida misional, haciendo caso omiso a la exigencia de los misioneros de practicar un cristianismo excluyente de otras prácticas religiosas.

Y es que, a lo largo del periodo virreinal, es posible documentar las distintas vías a través de las cuales los nayaritas se relacionaron con la sociedad novohispana y sus instituciones, sin que ello implicara la pérdida de su autonomía política, religiosa y económica. Se empleaban en labores de españoles de forma estacional, lo que les permitía acceder a bienes diversos que ellos mismos no producían: telas, prendas de vestir, tabaco, herramientas y aperos de labranza que les eran entregados como pago de sus servicios. Salían también a la costa, donde intercambiaban productos de la sierra por sal, para luego remontar la sierra e intercambiar dicha sal por ganado y bienes hacia Jerez y el valle de Valparaíso, manteniendo así una red de comercio que les reportaba diversos beneficios. Acudían también a las villas y pueblos de indios como Tepic, Huejuquilla o Huazamota a bautizar a sus hijos buscando el compadrazgo de españoles, mulatos, mestizos. Se les veía apersonarse ante distintas autoridades regionales –capitanes protectores, alcaldes mayores- para solicitar auxilio y favores: un hierro para su ganado, la mediación hispana en un conflicto con algún pueblo fronterizo, la protección y auxilio de algún capitán. Y aunque se negaron en numerosas ocasiones al establecimiento permanente de misioneros en la sierra, permitían la entrada a vecinos españoles que intentaban comerciar con ellos o establecer acuerdos laborales. La dinámica dentro y en torno a la Sierra del Nayar es el mejor ejemplo de que esta frontera era sumamente porosa y por ella circulaban bienes, personas e ideas. Los nayaritas no obstaculizaban esta circulación, aunque sí buscaron controlarla; hacia 1711 los vemos cerrar el paso a la comitiva de Margil de Jesús, y se decía que una década atrás habían negado el refugio a los fugitivos de la rebelión de las fronteras de Colotlán. Pero, ante todo, los vemos defender su autonomía para gestionar sus relaciones con el mundo español, de ahí su reiterada negativa a permitir la instauración de misiones en la sierra.

Llama la atención la naturaleza en general pacífica, de las relaciones establecidas con el mundo hispano. Es posible documentar, desde la segunda mitad del siglo XVI, una política permanente de no agresión contra los asentamientos y estancias españolas, política que se mantuvo incluso durante conflictos regionales de gran envergadura como la rebelión en las fronteras de Colotlán en 1702, en la que los coras se mantuvieron firmes en no participar de ella. La violencia, en forma de ataques esporádicos que incluían robos y asesinatos, se dirigió hacia algunos pueblos de indios fronterizos. De esta forma, valdría la pena matizar nuestras caracterizaciones de las regiones de frontera como espacios en los que se llevaron a cabo de manera privilegiada los fenómenos de resistencia en contra de los invasores, materializada bajo la forma de la confrontación bélica: por lo menos por lo que toca a esta frontera en particular, los nayaritas insumisos si bien resistieron ser incorporados a los dominios de la monarquía hispana, se mostraron pacíficos frente al invasor y la violencia la ejercieron contra algunas misiones indígenas.

Otro elemento que vale la pena resaltar es lo poco operativas que resultan, para esta región, algunas categorías ampliamente utilizadas por la historiografía para analizar la dinámica del cambio cultural entre los indígenas del periodo virreinal. Tradicionalmente, estos estudios han planteado que, ante la implantación del dominio español, para los indígenas las opciones podrían reducirse a dos: resistir o adaptarse, lo que a la postre llevaría a la aculturación. La primera opción implicaría una voluntad y convicción de conservar la lengua, tradiciones, cultura, en fin, la cosmovisión propia. En cambio, aculturarse llevaría a la pérdida de las propias tradiciones culturales para terminar asimilándose con el mundo hispano y dejando con ello de ser indígena. No obstante, el caso de los coras que resistieron hasta su conquista en 1722 nos muestra que ambos fenómenos no son excluyentes ni opuestos: se puede resistir la conversión al cristianismo y la incorporación a la monarquía hispana al mismo tiempo que se acepta con facilidad y entusiasmo elementos tecnológicos españoles, alimentos, ideas, sin que ello implique la pérdida de la identidad cultural, sino su reformulación y rearticulación. Por otra parte, reducirse a la vida en policía puede ser también una manera de resistir o evadir la explotación económica, como ocurrió con

los soldados fronterizos, para quienes aceptar la reducción a pueblos de misión funcionó como una estrategia de adaptación que les permitió librarse del tributo y los servicios personales, manteniendo en la práctica una importante autonomía política. Así, resistencia, adaptación y cambio son fenómenos que se presentan a ambos lados de la frontera, y cuya dinámica particular sólo sale a la luz tras un análisis detallado de las dinámicas cotidianas.

Otro fenómeno que caracterizó a esta frontera fue la gran movilidad que podemos observar en los distintos actores, esto es, la capacidad para transitar entre mundos, categorías, espacios. En consecuencia, vemos a los coras no como grupos cerrados sobre sí mismos sino circulando constantemente entre las rancherías serranas, los pueblos costeros, las haciendas y estancias españolas en la región de Jerez y Zacatecas, en los pueblos de indios soldados fronterizos de Colotlán. Su presencia era ubicua en una amplia región. Por otra parte, es posible también observar a los colonos españoles quienes, si bien en menor número, también entraban de forma esporádica o constante a la sierra, establecían contacto comercial y laboral con sus habitantes o se establecían, en algunos casos, de forma permanente. Los indios fronterizos y de las misiones también participaban de esta movilidad espacial, llegando por ello a ser acusados de participar en los “ritos gentílicos” de la Mesa del Nayar. Pero esta movilidad no se restringía a lo espacial, sino que, un sentido más lato, permitía a los actores regionales transitar entre las categorías de la sociedad novohispana. Los indios de las misiones podían con relativa facilidad volver al gentilismo y convertirse en apóstatas, para luego regresar, por estrategia o por convicción, a la vida misional. Un individuo señalado como apóstata podía actuar en determinadas circunstancias como enemigo de los misioneros franciscanos aconsejando a los gentiles no reducirse a la vida cristiana para más tarde convertirse en “amigo” y aliado de la expansión española, en función de sus intereses o de las circunstancias imperantes. Los tlaxcaltecas, uno de los grupos que más apoyó las empresas de conquista y expansión hispanas, también podían poner en entredicho su identidad como fieles aliados, vasallos y cristianos para convertirse en rebeldes y fuertes críticos del sistema virreinal ante una afectación severa a sus intereses. Los coras mismos,

caracterizados como insumisos e idólatras, también transitaban con relativa facilidad entre las distintas categorías del mundo hispano: podían ser pacíficos o aguerridos, amigos o enemigos, gentiles idólatras que, sin embargo, bautizaban a sus hijos.

Estamos pues frente a una región de frontera que en los albores del siglo XVIII se encontraba bien integrada en la dinámica regional; un espacio de oportunidad para indios, españoles, mestizos y mulatos; un espacio con fronteras porosas por el que circulaban hombres, ideas y objetos, en el que fenómenos como la adaptación, la resistencia y el cambio cultural pueden observarse a ambos lados de la frontera y en el que la movilidad formó parte fundamental de la dinámica colonial.

¿Qué cambió para 1721-1722? ¿Qué desencadenó finalmente el proceso de conquista la sierra? Por supuesto, no hay que obviar que estamos en un momento en el que las monarquías europeas intentaron afianzar el control sobre todos sus territorios y dedicaron esfuerzos importantes en términos de recursos y hombres a someter aquellos espacios que hasta entonces se habían mantenido al margen. En Nueva España, la conquista del Petén Itzá a fines del siglo XVII y ya en el siglo XVIII la conquista del Nayar, de la Sierra Gorda, la colonización del Nuevo Santander, son todos episodios de un proceso de reforzamiento de la presencia del poder estatal sobre territorios hasta entonces insumisos o sobre los que se ejercía un débil control.

En el caso del Nayar, las empresas de 1721-1722 fueron ordenadas desde el otro lado del Atlántico y organizadas a instancias del centro del virreinato, involucrando directamente al virrey. Fueron además las primeras en contar con financiamiento de la Real Hacienda, lo que quizá explique en parte su éxito, pues hasta entonces, capitanes como Bartolomé Arisbaba, Francisco Mazorra o Francisco de Bracamonte habían actuado con sus propios recursos. Desde esta perspectiva, la conquista de la Sierra del Nayar podría ser explicada como la imposición del poder estatal sobre los intereses y la dinámica regional.

No obstante, esta perspectiva general, si bien resulta cierta en parte, oculta los diversos factores locales y regionales que permitieron que las expediciones conquistadoras triunfaran, las coyunturas políticas, los procesos de mediana y larga duración que llevaron fi-

nalmente a la derrota de los nayaritas y su incorporación al orbe indiano. Ignora por ejemplo que sin el conocimiento que tenían los vecinos hispanos de la geografía y habitantes de la sierra del Nayar, producto de un largo periodo de contacto, la hueste conquistadora habría avanzado a ciegas en el territorio. Más aún, deja la pregunta en el aire: ¿Cómo explicar la conquista de la Sierra del Nayar, en un argumento que contemple a los indígenas como uno de los protagonistas centrales de este proceso? Justamente, lo que he intentado en este texto es enfocar el proceso de conquista haciendo énfasis en los actores indígenas, en sus acciones y reacciones, lanzando hipótesis sobre sus posibles motivaciones. He buscado con ello que los indígenas dejaran de ser en el relato los sujetos sobre los que recae la acción del conquistador.

En el estado actual que guardan los estudios historiográficos resulta ya una obviedad afirmar que los indígenas no fueron sujetos pasivos frente al panorama social y político puesto en marcha por la expansión hispana. No obstante, toca ahora documentar sus acciones y particularmente, valorar el peso y la importancia de la acción indígena, tanto individual como colectiva. Tres actores han sido los protagonistas en este relato: los caciques coras, los soldados fronterizos y los traductores y mediadores. Todos ellos jugaron un papel fundamental en el proceso de conquista de la sierra, al grado que éste no podría explicarse sin su presencia.

Para el caso de los caciques coras, he querido documentar la escisión imperante entre los diversos cabezas de las rancherías hacia 1720: aquellos que se mostraban favorables al establecimiento hispano en el Nayar y los que abiertamente predicaban la resistencia, negándose incluso a acudir a la ciudad de México a entrevistarse con el virrey. Esta división fue fundamental, pues algunos de los caciques que veían con buenos ojos la entrada de misioneros y soldados, se convirtieron en importantes aliados de las campañas de conquista una vez que éstas se pusieron en marcha. Sobre los motivos que los llevaron a ello, podemos enumerar el interés por resguardar sus bienes materiales, el temor a ser castigados una vez consumada la conquista, pero también la intención de mejorar su posición política en la sierra aliándose con los españoles. Esto último fue de particular importancia en el caso de algunos caciques de la sierra que no eran



reconocidos como tales por otros principales coras y que vieron en la alianza con los capitanes españoles la posibilidad de legitimar sus pretensiones como caciques. Estos colaboradores apoyarían las entradas convirtiéndose en guías, mensajeros, negociadores, enviando sus propios espías a las reuniones de los coras que encabezaban la resistencia y aportando información privilegiada para el desarrollo de las campañas, al tiempo que evitaron que los hombres y mujeres de las rancherías que encabezaban se sumaran a la resistencia. Así, como he sostenido, el triunfo militar de Juan Flores de San Pedro en 1722 no puede entonces explicarse sin atender a las acciones y reacciones de los líderes coras que tomaron parte en este proceso. Mientras que algunos de ellos decidieron resistir la incorporación plena a la sociedad virreinal y la reducción a la vida misional, otros más optaron por aliarse con los capitanes españoles y terminaron convirtiéndose en importantes colaboradores tanto en las campañas como en el proceso que vendría después: la creación de misiones, la reducción de los indios a la vida cristiana y la persecución de los que intentaban huir de ella.

Lo mismo puede decirse de los mediadores e intérpretes que también se involucraron activamente en este proceso, cuya actuación resultó fundamental para permitir la comunicación en una región con pluralidad lingüística. Más aún, el conocimiento que algunos de ellos tenían de la lectoescritura les permitió fungir también como escribanos para los nayaritas, en aquellos casos que necesitaron enviar misivas a la autoridad virreinal. Producto de esta labor es que han llegado a nuestros días algunas piezas documentales de suma importancia para conocer la difusión del náhuatl a lo largo y ancho del virreinato; me refiero a los textos en náhuatl escritos por coras, huicholes o tepecanos, que transcribí en el anexo documental, y que nos permiten dar cuenta de la manera en que el náhuatl funcionó en esta región como lengua de la administración religiosa, pero también como la lengua empleada para permitir la interacción cultural en un medio multilingüe. Pero, además de fungir como intérpretes y escribanos, estos hombres llevaron a cabo labores de diplomacia en el sentido amplio del término. En los casos de intérpretes en la frontera nayarita, es claro que la mayor parte actuaron por cuenta de los españoles y los representaron ante los coras, en los

intentos de acercamiento no violento a la sierra previos a la conquista militar. Pero, además de su trabajo como lenguas, llevaban a cabo una verdadera labor diplomática, que implicaba preparar el terreno para la entrada de los frailes o vecinos españoles, sondear los ánimos de los nayaritas, atendiendo no sólo a sus dichos sino también interpretando sus gestos y lenguaje corporal. Además, como conocedores de la sierra y sus habitantes, fungieron como guías, pero también como mediadores culturales que explicaban a los españoles el sentido de los actos ejecutados por los gentiles, permitiéndoles en no pocos casos salvar la vida. Sobre estos hombres, sin embargo, pesaba en muchos casos la sospecha de traición, lo que los llevó a ser repudiados en algunos casos por los indígenas, o a que su lealtad y buen desempeño como intérpretes fuera puesto en duda. A pesar de ello, su presencia durante el proceso de 1721-1722 fue constante y su labor, irremplazable.

Tanto en el caso de los principales nayaritas como en el de los intérpretes, me ha interesado mostrar el peso de la acción individual, la capacidad generadora y transformadora de individuos específicos, a contrapelo de una historiografía que suele referirse a los indígenas del periodo virreinal como a una masa indiferenciada formada casi siempre por individuos anónimos. No obstante, el tercer actor indígena al que se ha referido este texto es una colectividad: las milicias, los llamados “soldados flecheros fronterizos” que se sumaron a la hueste conquistadora hispana, tanto en la campaña de Juan de la Torre como en la de Juan Flores de San Pedro. Otros estudiosos habían notado ya la presencia de indios procedentes de las fronteras de Colotlán como soldados en la conquista del Nayar, aunque adujeron que se habrían sumado a la conquista por manipulación o presión por parte de la autoridad hispana. Sin embargo, me ha interesado mostrar aquí que los pueblos vecinos a la sierra que decidieron sumarse a las campañas militares de conquista lo hicieron en función de sus propios intereses, de sus afinidades, y de las relaciones que guardaban con los gentiles serranos, relaciones que nunca fueron estáticas. Encontramos por un lado pueblos que pudieron aprovechar las entradas españolas para vengar antiguas rencillas, mientras que otros, buscaron dar solución a un conflicto preexistente. En otros casos, se aprovechó la coyuntura para estrechar la relación

con las autoridades españolas, reforzando la imagen de soldados fronterizos leales al monarca, buenos cristianos y buenos vasallos. Como también señalé, muchos de estos pueblos de milicianos indígenas tenían una larga historia de colaboración con las autoridades civiles regionales. Pareciera que, para el siglo XVIII, se sentían mucho más identificados con los colonos españoles que intentaban conquistar la sierra, que con los gentiles del Nayar, de ahí que se hayan sumado a la empresa conquistadora.

El asunto es relevante porque han sido diversos los autores que han caído en la tentación de establecer generalizaciones respecto a la actitud “claramente diferente” mostrada por los diversos grupos etnolingüísticos que habitan actualmente el Nayar: los huicholes, por ejemplo, señalados como mucho más abiertos al contacto con el mundo occidental, mientras que los coras se mostrarían renuentes a él. Sin negar la pertinencia de tales caracterizaciones, me parece que no es posible trasladarlas al pasado, si bien yo misma inicié esta investigación con esa idea en mente. A simple vista, pudiera parecer que los huicholes, pertenecientes a las fronteras de Colotlán, habrían aceptado de forma mucho más rápida la reducción a la vida misional y se habrían incorporado al orbe indiano, mientras que los coras resistieron hasta 1722. No obstante, un último aspecto que ha sido posible sacar a la luz tras este largo recorrido, es la dificultad para identificar la resistencia o la adaptación como parte del *ethos* de un grupo etnolingüístico. Por ello, junto a los huicholes milicianos encontramos también pueblos de huicholes que se habrían sumado a los caciques coras que se negaban a permitir la entrada española y encabezaron la resistencia armada. De igual modo, si bien es cierto que eran coras aquellos que se negaron a ser reducidos hasta 1722, también eran coras muchos indígenas que aceptaron abandonar la sierra para establecerse en misiones en el somonte y en los valles desde el siglo XVII. Encontramos intérpretes y mediadores coras, huicholes, tlaxcaltecas, como también milicias coras, huicholas y tlaxcaltecas. Ni la resistencia caracterizó a todos los coras, ni la adaptación a todos los huicholes, ni la colaboración a todos los tlaxcaltecas. Incluso, si bien los propios actores indígenas reconocían la existencia de diferentes grupos etnolingüísticos en la región, ello parece no haber tenido gran

importancia en términos políticos, puesto que las alianzas y las guerras estuvieron determinadas por motivaciones políticas, económicas e históricas.

Finalmente, quisiera cerrar estas reflexiones con un tópico vinculado directamente con lo que Restall ha llamado “el mito de la completud” de la conquista. Y es que vale la pena preguntarse ¿cuándo podemos considerar conquistada la sierra? Si bien, para fines operativos, he decidido cerrar el análisis en el año de 1724, una vez que la rebelión de los coras de las misiones fue sofocada, lo cierto es que este suceso no dio por terminada la resistencia. Sin duda, el establecimiento de misiones a partir de 1722 puede ser considerado un parteaguas en la historia de la sierra, no sólo por las transformaciones que implementaron en la vida indígena —como ocurrió a lo largo y ancho de la América hispana— sino porque terminaron con la autonomía que hasta entonces habían detentado los nayaritas para gestionar sus relaciones con el mundo español. No obstante, cada tanto las fuentes nos recuerdan que, quizá, la región nunca fue enteramente sometida: cuando los visitantes de la sierra encontraban nuevas momias e “ídolos” en cuevas y adoratorios en los cerros y cuevas; cuando los jesuitas denunciaban la existencia de numerosas rancherías de indios que escapaban de las misiones, o cuando se presentaban movimientos de revitalización religiosa. Todos ellos fueron procesos recurrentes a lo largo del siglo XVIII y hasta fines del periodo virreinal. Así, aunque el 27 de mayo de 1722 el virrey comunicaba al monarca que ya la Sierra del Nayar había sido conquistada, ello no fue sino el inicio de un largo proceso que incluyó la creación de misiones, el establecimiento de presidios, la congregación de los indios, la implantación de instituciones, y un largo etcétera, con el objeto de incorporar esta región, de hecho y no nada más en el papel, a la monarquía hispana.



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS